

Christian DUQUOC, *Libération et progressisme*, Ed. du Cerf («Théologies»), Paris 1987, 142 pp., 14,5 x 23,5.

El título de esta obra apunta a dos formas de entender la teología, la teología progresista europea y la teología latinoamericana de la liberación, que Duquoc aspira a caracterizar y comparar entre sí. En desarrollo del libro hace entrar en juego una tercera posibilidad: la teología clásica, que Duquoc considera representada por las dos Instrucciones de la Congregación de la Doctrina de la Fe y los escritos del Cardenal Ratzinger.

Frente a la teología clásica, que se caracteriza por una ontología de la libertad concebida como trascendente a los condicionamientos sociales, la teología progresista europea hizo suyo el ideal de emancipación acuñado por los filósofos ilustrados, con cuanto ese ideal implica, por una parte, de crítica de la autoridad y de afirmación de la verdad como propiedad inmanente a la razón, y, por otra, de confianza en el análisis crítico-científico y en las libertades formales. La teología latinoamericana de la liberación denuncia la aventura ilustrada, acusando a Europa de edificar su progreso y su libertad a costa del dominio sobre el resto de los pueblos y coloca el acento no en la libertad sino en la liberación de las esclavitudes, confiando, en virtud de una opción mística, en el pobre como portador del futuro de la historia.

En esa comparación y confrontación, Duquoc procura situarse como un observador imparcial, aunque no oculta, en última instancia, sus preferencias: la teología progresista europea, a la que pertenece plenamente. Agudo y brillante en muchos de los análisis que contiene el presente ensayo adolece en consecuencia del mismo defecto que lastra el ideal ilustrado: una insuficiente

comprensión de la trascendencia de la verdad y, por tanto, del espíritu.

J. L. Illanes

Ronaldo MUÑOZ, *Dios de los cristianos*, Eds. Paulinas («Cristianismo y Sociedad», 4), Madrid 1987, 252 pp., 13,5 x 21.

El libro se mueve dentro de las coordenadas de una Teología de la Liberación, y es, en cierta medida, un fruto maduro, en el sentido de que se apoya en materiales que ya se han decantado en otros autores.

En la primera parte, que tiene el carácter de introducción metodológica, se nos explica con gran lujo de citas, la importancia de la experiencia humana como contexto de comprensión de la fe. El A. quiere moverse siempre en un nivel existencial: «Es vital para nosotros, al tratar de Dios, entrar por la puerta de una tal *teología narrativa*, más cercana a la Biblia y a la tradición de los pobres. De otro modo, difícilmente escaparíamos al formalismo intelectualista en que ha caído a menudo la 'doctrina sobre Dios' en el catolicismo occidental» (p. 55). Piensa que se salvará de este formalismo mediante la «correlación dialéctica entre experiencia (de nuestra propia historia) y tradición (de la historia bíblica). Sabiendo que tanto la experiencia como la tradición deberán ser analizadas en algún momento con subsidios científicos: de las ciencias antropológicas y sociales, en el primer caso, y de las ciencias exegéticas en el segundo» (p. 57). Esto determina la división de las dos partes siguientes, dedicadas al análisis de la experiencia de Dios desde la situación social de Latinoamérica, y al estudio exegético del Antiguo y Nuevo Testamento, respectivamente.

En la segunda parte, con proble-

mas de sistemática, se intenta hacer una historia de los cambios sociales producidos en Latinoamérica en distintos ámbitos de la vida, tratando de valorar su incidencia sobre la representación de Dios. Sin embargo, las categorías sociales empleadas están cargadas de presupuestos y resultan demasiado generales, por lo que difícilmente puede concederse que el resultado sea objetivo. Junto a una preocupación social que, sin duda, es honrada y un trasfondo de autenticidad cristiana en la valoración de algunos fenómenos sociales, hay una carga de utopismo que da lugar a una lectura muy distanciada de la realidad. No se puede evitar entonces que algunas de las conclusiones tengan más bien el carácter de slogans utópico-políticos: «El mismo Dios, el único verdadero nos revela su presencia activa y su llamada,... No en el orden mentiroso y la seguridad soberbia de una sociedad clasista y represiva, sino en el anhelo y la lucha por la convivencia más justa y más humana, por el camino del amor solidario y la entrega de la propia vida. No en el éxito económico competitivo y privatizador, no en el progreso tecnológico y el bienestar refinado de una minoría privilegiada, sino en la experiencia de la solidaridad del pueblo y de comunidades de hermanos, donde nos sentimos responsables unos de otros y aprendemos a compartir bienes y servicios; en la utopía movilizadora de una fraternidad universal» (p. 92).

Como momento de interés teológico cabe destacar en esta parte las reflexiones a propósito de Dios y la permisión del mal (opresión, miseria, etc.).

En la tercera, se recogen los temas tradicionales de la Teología Bíblica vetero y neotestamentaria a propósito de Dios, con una acentuación de los temas que tienen mayor relevancia social. Muñoz insiste, como es lógico, en

el carácter singular de la revelación de Dios en su Hijo (trata con respeto el tema de la divinidad). Su interpretación del Reino de Dios es, sin embargo, en este contexto, por lo menos discutible.

El A. hace explícita referencia a su intento de moverse dentro de la tradición de la Iglesia (n. 31, p. 54), y de hecho, se nota un esfuerzo, en citar documentos del Magisterio, aunque su función resulta ser más bien ornamental, porque hay una falta de entendimiento de fondo.

Hay dos preguntas que el lector debe hacerse al final: la primera es sobre la legitimidad de convertir la teología cristiana (con un tratamiento en el que sufre mucho) en un instrumento de concienciación sociopolítico. Y la segunda es la de la utilidad: no parece que ninguna utopía teológica tenga la capacidad intrínseca de operar con eficacia positiva sobre los problemas de las sociedades subdesarrolladas. Son cuestiones que necesitan soluciones técnicas y profesionales, y también recursos morales (para vencer, por ejemplo, la corrupción). Los primeros los proporcionan la ciencia y la educación, los segundos la vida cristiana (la gracia), ninguno de ellos las utopías sociopolíticas. Y esto parece más claro que nunca cuando está para terminar este milenio. La cuestión no está, por tanto, en la autenticidad cristiana de una preocupación social, sino en los instrumentos para darle cauce.

J. L. Lorda

TEOLOGÍA ESPIRITUAL

Pedro de JESÚS MARÍA, *Cielo espiritual, trino y uno*, Universidad Pontificia de Salamanca, Fundación Universitaria Española («Espirituales Españoles», Serie A, tomo 32), Madrid 1986, 586 pp., 13 x 19,5.